

LETRAS DEL BRASIL

- Nro. 1 -

"ESTRELLA SOLITARIA", De Augusto Federico Schmidt

Paúl RONAI

Nos complace consagrar esta primera crónica a algunas impresiones suscitadas por la lectura de "Estrella Solitaria", último libro de Augusto Federico Schmidt, gran poeta católico del Brasil.

Pero he aquí demasiados adjetivos. Digamos sencillamente que es éste el libro de un poeta. ¿No lo dice todo esta palabra? La magia irresistible de los versos de este poeta consiste precisamente en haber devuelto a las palabras más gastadas por el uso su rico contenido sentimental, consciente y subconsciente, su valor primitivo, su complejidad original. Tomada en el sentido "schmidtiano", la palabra poesía no significa una designación de género. En ella se siente palpar el sentido etimológico primitivo de la palabra que dice "creación". En efecto, estamos ante un auténtico creador de belleza, de armonía.

En el análisis de una obra poética, el examen de los medios de expresión y de técnica poética, forma, en general, el último capítulo. Pero esta vez, trataremos de acercarnos al libro que está en nuestras manos, por su aspecto exterior. Este podrá darnos la clave para captar mejor la esencia de la poesía de Schmidt. Algunas características negativas del volumen se denuncian por sí mismas. No hay ni rimas, ni ritmo que pueda medirse. Se trata, con toda evidencia, de versos libres. Pero no se encuentra en ellos esa angulosidad, esa aspereza de la prosa, a la cual recurren tan de buen grado los poetas modernos y que confiere a menudo a la poesía nueva esos acentos chocantes y al mismo tiempo tan interesantes. En este volumen no hay títulos expresivos. Diez y seis poemas sólo ostentan el sencillo mote de "Poema", otros diez y siete la anodina inscripción de "Soneto". Otros títulos, igualmente lapidarios, no son menos inexpresivos: "Elegía", "Sonata", "Infancia", "Destino", "Cantar! Cantar!" y algunas veces de una banalidad real: "Os perfumes da noite"; "Noi-

te de amor"; "A tristeza da tarde"; "Vozes da noite". El examen del vocabulario revela que no tiene tampoco palabras particularmente coloridas o evocadoras. Ni el menor brasileñismo, ningún color local. Se podría continuar la enumeración de accesorios ausentes del libro. Ningún hallazgo, ninguno de esos espirituales "conceiti", de esos sorprendentes contrastes, de esos giros imprevistos y sorprendentes, de esos broches de oro o de esas ocurrencias que en el Brasil se encuentran tan a menudo en los sonetos más ortodoxos como en las obras más significativas del modernismo. No se encuentran tampoco poemas herméticos, insuficientemente claros, que necesiten una explicación. No hay, en fin, temas nuevos. Los temas, o, para emplear un término más musical, los motivos de este libro son la muerte, la noche, la tristeza, el ensueño, la "saudade".

La especialidad del poeta consiste en haber sabido hacer una gran poesía sin la mayor parte de los ingredientes líricos que se reputan indispensables. Pero una vez más, debemos corregirnos: Schmidt no hace poesía. La poesía brota de él con una fuerza y una abundancia elementales. Ninguna poesía como la suya recuerda tan irresistiblemente la música, el desarrollo de ciertas grandes sinfonías.

En el fondo, cada poema se comprende en su primer verso: un suspiro, un sollozo, un ruego, un grito, un recuerdo. Después de ese primer verso hay siempre una pausa. Y después siéntese el verso resonar, ampliarse, repetirse en diferentes tonos, transmitirse a todos los instrumentos, teñirse con todos los colores, repercutir en todos los abismos, recorrer la gama de todas las sensibilidades.

Es, pues, natural que la forma de todos estos poemas sea la gradación. Su estructura es siempre un diapasón, cuya extensión determina su fin. Su orquestación íntima es tan fuerte, tan arrebatadora, que el lector, irresistiblemente arrastrado por el ritmo musical, no percibe la ausencia del ritmo poético y de las rimas.

Los escritores y los críticos brasileños que, en un número especial de la "Revista Académica", hace algún tiempo analizaron tan brillantemente el arte de nuestro poeta, y, en particular, la inspiración católica de su obra, no han insistido bastante, me parece, sobre lo que la forma de su poesía presenta de indiscutiblemente católico. El género lírico de Schmidt es la letanía; como ella, a menudo sus poemas parecen faltos de fin, es decir, parecen interrumpidos antes de término.

Otro aspecto de la poesía de Schmidt que todavía no ha sido suficientemente puesto de relieve —lo que por otra parte, nada tiene de raro, ya que son tantos los aspectos de un verdadero talento— es su profunda latinidad. Acabamos de subrayar su vocabulario expurgado de brasileñismos. Pero su latinidad tiene también rasgos

positivos, tales como la extrema pureza de las imágenes, el equilibrio perfecto de los periodos, la fuerza condensada de la palabra más rústica, el efecto obtenido por la colocación oportuna de un epíteto común. Entre tantas estrofas elocuentes a este respecto, citemos una sola:

A arvore cresceu, sorriu em flores, e um dia,
Emfim, os frutos bons amanheceram.
Nos longos ramos, fortes, carinhosos,
Os passaros construiram debeis ninhos.

Ese es, además, el principio de uno de los "sonetos" sin rimas ni ritmos de Schmidt, los cuales, al contrario de los poemas que hemos llamado letanias, ofrecen una severidad notable en la construcción, una fuerte arquitectura interior.

Este sabor latino del verso, este aroma de arcaísmo fino y discreto, este estilo que no lleva el sello de ninguna época determinada, me recuerdan a Leopardi. El parentesco de los dos poetas no sólo es de estilo, de expresión. El pastor del "Canto notturno", de Leopardi, invoca la luna, testigo insensible de nuestras miserias, símbolo de nuestra infinita desesperanza. El poeta brasileño concentra la imagen de la suprema tristeza humana en la estrella solitaria. Decídme si no es la misma amargura la que nos invade cuando leemos los versos, en los cuales el recluso de Recanati lloraba, en *Silvia*, la muerte de todas sus esperanzas:

Tu pria che l'erbe inaridisse il verno
Da chiuso morbo combattuta e vinta
Perivi, o tenerella. E non vedevi
Il fior degli anni tuoi;
Non ti molceva il cuore
La dolce lode or delle negre chiome
Or degli sguardi innamorati e schivi....

y los versos de Schmidt, en el "Ciclo de Josefina":

...E esta idea de que Josephina está intacta,
Com as suas brancas e pequeninas maos ainda intocados...
Dos asperos contactos,
Com os seus pequenos seios em flor ainda intocados...

Josefina, en los versos que lloran su desaparición, se transfigura en mito:

Letras del Brasil.

Josephina é a nossa pátria.
Vem della as auras encantadas.
Vem della os sorrisos e as flores. . . .

La Nerina de los "Ricordanze", de Leopardi, no se lleva consigo parte de los sueños, de la esperanza, de las nostalgias? Pero cada primavera está más muerta esta Nerina inolvidable:

Se torna maggio, e ramoscelli e suoni
Van gli amanti recando alle fanciulle,
Dico: Nerina mia, per te non torna
Primavera giammai. . . .

mientras que la Josefina de Schmidt renace con cada primavera, y sobrevive a las efímeras flores:

Josephina voltará com os primeiros frios de junho!
No coracao das fogueiras a physionomia de Josephina nos sorrirá.
Ella nao será ephemera com as flores e a pobre mocidade.

Allí reside, talvez, la principal diferencia entre estas dos poesias tan alejadas en el tiempo y en el espacio, tan cercanas en la inspiración. En una y otra la idea de la muerte está por todas partes; en Leopardi ella culmina en una sombría desesperanza sin salida; en Schmidt a cada momento vivido e irremediamente fugaz confiere un precio nuevo. Ella embellece la vida. Da belleza a las cosas. El encanto mismo de un cuerpo amado es subrayado con el pensamiento del lirio que algún día ha de cubrirlo en su ataúd.

Rara vez se turba la serenidad de esta sombría presencia de la muerte. Sólo cuando la vida brutal y cotidiana irrumpe en el obscuro jardín de Schmidt —que es como un grande cementerio tranquilo— el poeta olvida la dulzura idílica de su universo inerte y moribundo y grita con voz que le desconocíamos: "Cantar! cantar! para nao ficar louco!"

Es demasiado generosa la esencia de esta pura poesia para no servir más que de narcótico. En algunos poemas admirables del poeta, publicados en revistas después de la "Estrella solitaria" y que pronto aparecerán en volumen, el grito del dolor transfórmase en grito de protesta.

Río de Janeiro, agosto de 1941.